

# Estados Unidos - Latinoamérica

DEMETRIO BOERSNER

Desde los comienzos del siglo XIX, las relaciones entre los Estados Unidos y la América Latina han sido conflictivas y han estado marcadas por la desigualdad de condiciones. En la actualidad, las contradicciones entre los intereses de los grupos dominantes norteamericanos y las aspiraciones populares latinoamericanas son particularmente fuertes.

La desigualdad de condiciones en los comienzos de la vida independiente de las dos Américas se explica en gran medida por los dos tipos distintos de colonización: una por parte de una potencia ya liberal y burguesa como Inglaterra, y la otra por las potencias ibéricas semif feudales y pre-burguesas. Durante el siglo pasado, primero el expansionismo territorial de la oligarquía esclavista de los estados del sur de Norteamérica, y luego el imperialismo financiero de Wall Street constituyeron los marcos materiales para políticas de intervención y de presión sobre Latinoamérica.

Actualmente, el gobierno del presidente Reagan demuestra una particular falta de comprensión ante las necesidades esenciales de Latinoamérica como del Tercer Mundo en general. No está excluida la posibilidad, sin embargo, de que esa actitud experimente ligeros cambios en sentido positivo, por efecto de presiones democráticas del pueblo norteamericano. Por otra parte, tales cambios no podrán ser muy fundamentales: la crisis económica mundial no alienta reformas voluntarias.

La eventual transformación de la relación Estados Unidos - Latinoamérica, de una de tipo dominación-dependencia en otra de carácter más igualitario, dependerá de Latinoamérica misma; de su capacidad de unificarse para presentar reivindicaciones nacional-democráticas comunes, así como de impulsar proyectos de integración autonomista y de cooperación Sur-Sur.

## DOS CORRIENTES EN LA POLÍTICA DE ESTADOS UNIDOS HACIA LATINOAMÉRICA

Las intervenciones norteamericanas en la América Latina fueron brutales hasta 1929. Teodoro Roosevelt, William Howard Taft, Woodrow Wilson (no obs-

tante sus teorías reformistas), Warren Harding y Calvin Coolidge todos realizaron invasiones armadas a países de Centroamérica y el Caribe, ocuparon durante lapsos largos a algunos de ellos, asumieron por la fuerza la dirección de sus aduanas, y los obligaron a otorgar a empresas yanquis posiciones dominantes de su vida económica.

El republicano Herbert Hoover, más esclarecido que sus predecesores, en 1929 dio los primeros pasos hacia una política diferente, de trato respetuoso a los países situados al sur del Río Bravo. Pero fue su sucesor, el demócrata Franklin Roosevelt, quien adoptó plenamente una nueva "política de buena vecindad", consistente en poner fin a intervenciones armadas, reconocer el principio de la no intervención, tratar a los latinoamericanos como iguales en el plano formal, y negociar con ellos —sin amenazas— sobre las divergencias que surgiesen.

La política de buena vecindad no significó que la relación entre las Américas hubiese dejado de ser de dominación y de dependencia. La hegemonía económica y política del norte se mantuvo. En el caso de ciertos países hasta quedaban en el poder brutales dictadores que servían de gendarmes del capital norteamericano en alianza con las oligarquías locales. Pero cambió el **estilo**, y ello resultó en un enorme mejoramiento de las relaciones interamericanas.

De este modo, al lado del tradicional estilo brutal y amenazante, surgió otro, de corte reformista. Desde la época de Roosevelt en adelante, esos dos estilos, o dos tendencias en la política de Estados Unidos hacia la América Latina, han venido sucediéndose alternativamente.

El cambio del estilo brutal a la política de buena vecindad se debió, esencial y estructuralmente, al hecho de que la Gran Depresión golpeó y debilitó al sector privado norteamericano, de tal modo que éste no pudo seguir presionando exitosamente al gobierno para que ejecutara una política de intervenciones al servicio del capital financiero. El estado como representante de los sectores populares se impuso como fuerza dirigente y se independizó

de la tradicional dominación de los grupos de presión capitalistas. De allí el reformismo interno y exterior de las administraciones de Franklin Roosevelt.

Durante y después de la segunda guerra mundial, el sector privado norteamericano se refortaleció y volvió a jugar un papel determinante. Los sectores público y privado estadounidense dejaron de ser antagónicos y tendieron a unirse en un solo engranaje financiero-militar-político. Pero no lo olvidemos: la democracia política continúa y, no obstante la gran concentración del poder efectivo, la opinión popular es capaz de imponer cambios de rumbo.

La guerra fría, a partir de 1948, sirvió de pretexto para volver a una política represiva, con óptica de "seguridad y defensa", hacia la América Latina. La línea de la buena vecindad fue abandonada y se dio preferencia a dictadores "anticomunistas" (y al mismo tiempo antisindicales y por ello beneficiosos para las empresas transnacionales).

Pero se efectuó un nuevo viraje hacia la tendencia reformista, con percepción socioeconómica o desarrollista de los problemas latinoamericanos, a partir de 1957. Por una parte ello se debió a cambios en el sistema internacional global. La guerra fría disminuyó en intensidad; comenzó la distensión y surgieron nuevos polos de poder autónomos entre los dos polos principales o superpotencias. Por otra parte, en aquella época de expansión económica se modificó la división internacional del trabajo en algunos aspectos. La sustitución de importación de los países periféricos comenzó a contar con el apoyo de las transnacionales exportadoras de tecnología. Una cierta modernización y democratización de Latinoamérica dentro del marco capitalista y de la dependencia tecnológica pudo contar con el respaldo de un importante sector del capitalismo norteamericano.

Conjuntamente con ello, surgió el reto de la revolución cubana. Había que estimular reformas moderadas en la América Latina para crear una alternativa al radicalismo habanero.

Con diversos matices y variantes, esa política fue seguida por los presidentes Kennedy, Johnson, Nixon y Ford.



Jimmy Carter, entre 1977 y 1981 tuvo una actuación contradictoria. Al comienzo de su administración dio a su política hacia Latinoamérica un cariz aparentemente muy democrático y reformista, proclamando la doctrina del repudio a los regímenes violadores de los derechos humanos. Se ha señalado, sin embargo, que esa política fue aplicada algo selectivamente según las conveniencias del país del norte y que, además, puede haber perseguido un propósito oculto: el de dividir al bloque latinoamericano (que se había formado bajo el impulso de los procesos de cambio progresista ocurridos en Perú, en Panamá y hasta cierto punto en Venezuela, con apoyo de Jamaica y México) entre quienes respetan y no respetan los derechos del hombre. Por importante que ese tema sea en el plano político y humanitario, en las fundamentales reivindicaciones económicas de los países periféricos se requiere una unidad pluralista.

En los últimos años de su gobierno, a partir de 1979, Carter se tornó hacia la derecha, bajo el impacto de la crisis de los rehenes en Irán y del deterioro de la situación económica mundial. Reagan fue elegido presidente a fines del año 1980 y asumió el mando en enero del 81. Su ascenso constituyó la continuación de un proceso de derechización ya iniciado bajo la égida de su predecesor en la Casa Blanca.

## REAGAN Y LATINOAMERICA

Reagan fue llevado a la presidencia por una ola conservadora y de reafirmación nacional norteamericana frente al resto del mundo. Capas medias frus-

tradas y tradicionalistas, junto con los sectores relativamente menos esclarecidos del capital financiero constituyeron su base social. La doctrina sociopolítica del nuevo gobierno fue de corte neoliberal y profundamente antidirigista y antisocialista en lo económico. En lo concerniente al sistema internacional, Reagan y sus asesores lo ven en términos dualistas: Confrontación Este-Oeste o comunismo-"mundo libre" sin matices intermedios. El Tercer Mundo, para los hombres de Reagan, es un "mito" y sus organizaciones tienden a servir de mampara al comunismo internacional.

Su política hacia la América Latina ha estado pues, dominada por consideraciones de seguridad y defensa, concebidas en términos inmediatistas y básicamente militar-policiales. En relación con ello, se aceptó la idea de que hay que hacer una distinción entre gobiernos "autoritarios" (dictaduras de derecha) y regímenes "totalitarios" (dictaduras de izquierda). Los primeros son "amigos" de los Estados Unidos y deben ser persuadidos suavemente a liberalizarse y respetar en mayor grado los derechos humanos. Los segundos son enemigos y deben ser combatidos de frente.

Por otra parte, se condiciona la ayuda económica a la América Latina con el objetivo de fortalecer a la empresa privada.

A partir de 1980, la política norteamericana hacia la América Latina contó con el respaldo de los partidos demócratas cristianos del continente. En el mes de mayo de ese año, dichos partidos suscribieron una especie de

alianza con los conservadores norteamericanos de tendencia pro-Reagan, en una reunión privada patrocinada por el American Enterprise Institute y la Fundación Konrad Adenauer.

Centroamérica se convirtió en foco de tensión internacional, con acciones conjuntas de Estados Unidos y la democracia cristiana contra los rebeldes salvadoreños y presiones sobre Nicaragua.

La crisis de las Malvinas causó cambios. Un sentimiento nacionalista subcontinental se apoderó de los pueblos latinoamericanos ante el espectáculo de la armada británica atacando la Argentina con el apoyo logístico político de los Estados Unidos. La alianza Washington-Democracia Cristiana: frió grietas.

## PERSPECTIVAS DE MEJORAMIENTO A LARGO PLAZO

Parece poco probable un mejoramiento a corto plazo de las relaciones entre los Estados Unidos y las fuerzas democráticas y autonomistas de América Latina. La crisis económica mundial tenderá por un tiempo todavía a mantener las tensiones y las intransigencias que hoy se muestran en los centros industrializados dominantes, reacios a todo auténtico diálogo norte-sur y a todo esfuerzo reformista internacional efectivo.

Hasta es posible que el gobierno Reagan contemple seriamente, para después de las elecciones legislativas y provinciales de fines de 1982, una intervención armada en Nicaragua.

No obstante, de ahora a las elecciones presidenciales de 1984, es probable que cunda en los Estados Unidos una tendencia nueva hacia una política más "blanda" y comprensiva ante la América Latina. El pueblo norteamericano ya ha comenzado a protestar contra la "vietnamización" del Caribe, y es probable que, por consideraciones de tipo electoral, su gobierno lo escuchará, flexibilizando algo su conducta hacia la parte sur del hemisferio.

Por otra parte, la actual situación catastrófica de la economía latinoamericana y los sufrimientos de sus pueblos no pueden dejar de causar, tarde o temprano, una reacción "tercermundista" poderosa. Pero nadie se atreve a predecir cuánto tiempo transcurrirá, y qué desastres se producirán en el camino, hasta que Latinoamérica, unida y consciente, inicie acciones conjuntas efectivas para hacer valer sus reivindicaciones frente a la potencia norteamericana.